

á los conspiradores». Ocho días después, nueve de Julio, atacó concretamente en el mismo club á Barere, porque pasteleaba como de costumbre, yendo y viniendo entre él y sus enemigos. De todas partes recibía Maximiliano alientos para la lucha. Payan, el agente nacional de la municipalidad, y demás cabecillas robespieristas, excitábanle á tomar resueltamente la ofensiva provocando un nuevo treinta y uno de Mayo, y diciendo y haciendo, Payan convocó en la casa consistorial á los Comités revolucionarios, con infracción de la reciente ley que prohibía estas reuniones. El Comité de Salvación pública anuló la convocatoria; pero dejó la infracción sin castigo. Como se ve, el Comité vacilaba, Carnot, vuelto á la resolución que había adoptado después de la muerte de Dantón, aconsejaba observar y esperar. Pero algo había que hacer, ante la actitud agresiva de los robespieristas. A mediados de Julio, los comités reunidos dieron un gran paso suprimiendo el negociado de policía, instrumento de Robespierre, y unos días después, Barere, en una comunicación á la Asamblea, hizo una alusión hostil á Maximiliano, sin atreverse á nombrarle aún, en las palabras: «Es preciso que los funcionarios públicos sean instrumento del pueblo, y no sus dominadores; es preciso que los ciudadanos vestidos de una autoridad terrible, pero necesaria, no vayan á influir, por medio de discursos preparados, en las secciones del pueblo y en las sociedades populares.» Pero la lucha se presentaba preñada de peligros, hasta para el vencedor. Notábase en el público tendencia á la indulgencia, á la moderación, cansancio del despotismo, lo que Barere y Dumas llamaban enervamiento del Gobierno revolucionario, y esta tendencia amenazaba igualmente los planes de Robespierre y los del Comité. La caída de uno podía arrastrar la del otro. Entonces, ¿por qué no verse, discutir y explicarse? A este fin, el cuatro Thermidor, veintiuno de Julio, reunidos los dos Comités, mandaron llamar á Robespierre, el cual se quejó, ¡quien lo dijera! de la lentitud con que procedía la justicia revolucionaria. Ejerciendo de mediador entre Maximiliano y los Comités, Saint-Just planteó y desarrolló la cuestión, que dividió en dos partes, destinando la primera á probar que los enemigos de Robespierre éranlo al mismo tiempo de los dos Comités, en lo que todos estuvieron conformes, y la segunda á exponer é imponer los planes de Maximiliano. Billaud, sombrío hasta entonces, exclamó: «Robespierre, somos amigos, siempre hemos marchado juntos»—«¡Pero explicaos, explicaos!» gritaron los individuos del Comité de Seguridad general á quienes la reconciliación condenaba á muerte. Saint-Just siguió diciendo que el mal había llegado al colmo, y que la única manera de refrenar el desorden era concentrar más el poder, confiando la salvación de la patria á una *reputación patriótica*, á un hombre que fuese la encarnación de la Revolución, incorruptible y exento de ambiciones, al par que inflexible, noble y desinteresado, que no tratase de monopolizar el gobierno, sino dirigirlo imprimiéndole un impulso recto y único. Ocioso es decir que este gran patriota no era otro que Robespierre. Medida de tanta gravedad requería profunda reflexión, por lo que se aplazó el discutirla, y

mientras tanto, para satisfacer á los robespieristas, se confió á Saint-Just el encargo de redactar una comunicación sobre el estado de la República. La reconciliación quedó al parecer efectuada, con espanto de los montañeses, que dedicaron todos sus esfuerzos, y no sin resultado, á ganar á su causa á los representantes de la llanura.

Pero la reconciliación no se había hecho. Robespierre no había asegurado ninguno de sus dos objetivos, ni la proscripción de sus enemigos en la Convención, ni su predominio indisputado en el Comité, y siguió adelante. Billand fué el único que aparentó creer en la paz y se quedó inactivo. Los directores de los servicios públicos, Lindet y Carnot, todo lo contrario: conocedores de la duplicidad de Robespierre, tomaron medidas prudentes para el caso de que se llegase á la lucha. Una de las más importantes fué la orden, dada el seis, de que saliese para las fronteras parte de la artillería parisiense, con lo que se quitaba á la municipalidad una gran fuerza, no solo material, mas también moral, por el influjo que aquella artillería ejercía en la milicia de las secciones. Amarga y hábilmente se quejó Couthon por la noche en los jacobinos de aquella medida, insultante para el pueblo de París, y repitió, en unión con Robespierre, las denuncias contra los malvados de la Asamblea. Estos y otros manejos dieron por resultado que el siete se presentase en la barra de la Convención una diputación de los jacobinos, con una petición, cuyo estilo y fraseología denunciaba á la legua la mano de Robespierre, y en la que, al través de repetidos elogios á éste, quejábanse de que los buenos patriotas fuesen aprisionados y perseguidos; acusaban á los indulgentes; denunciaban al «comisario de los ejércitos», Carnot, que «parece rodearse de tinieblas, que vuelve contra la patria los grandes medios puestos á su disposición para defenderla», y concluían apoyando los proyectos de Robespierre y pidiendo la muerte de sus enemigos. Collot, presidente en aquella quincena, respondió con sequedad que se examinaría severamente á los individuos denunciados. Asustado por la actitud de los jacobinos, Barere sube á la tribuna, y después de elogiar pomposamente la situación de la República, anuncia que el número de presos es tan grande que se acaba de tomar medidas para juzgarlos rápidamente; afirma, con frases amenazadoras para la Montaña, la unión de todos los individuos de los comités, y dirige encomios á Robespierre, «que goza de una reputación patriótica merecida por cinco años de trabajos y por sus imperturbables principios de independencia y de libertad.»

El discurso de Barere sembró el pánico entre aquellos montañeses cuyas cabezas pedía Robespierre, y que no habían sucumbido ya merced á la resistencia del Comité de Salvación pública. Uno de ellos era Lacoingt de Versailles, extravagante y un poco grotesco, pero valiente, el cual preparó una *Memoria* pidiendo á la Convención que votase la acusación de Robespierre, y se juramentó con otros ocho ó diez para inmolar al tirano en plena Asamblea si la proposición fracasaba. De los juramentados eran los dos tiranos de la Provenza, Barras y Freron, aquel Freron que no había tenido valor para defender á sus

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA
C. A. N. V.

amigos Camilo y Lucila, y Tallien, que se había echado en la Convención á los pies de Robespierre y Couthon, después de haber sido por ellos maltratado. Este recibió de su amada, que había sido arrestada como sospechosa, una carta en la que le decía:—«Mañana voy al Tribunal revolucionario; muero con la desesperación de haber pertenecido á un cobarde como tú», y en el acto compró un puñal, resuelto á suicidarse si no conseguía matar á Robespierre. Todas estas conjuras y propósitos revelan que los montañeses miraban como segura su ruina.

Tan seguramente como Robespierre, que no había hecho maldito caso de la apoteosis que le dedicara Barere, se consideraba dueño ya de los destinos de la Revolución. Del mismo convencimiento participaba el pueblo entre el que circulaban las frases: «Van á poner la dictadura.» «Va á haber un nuevo treinta y uno de Mayo.» Con estas voces, los ánimos se hallaban suspensos y alarmados. «Reina una gran fermentación, escribió un testigo presencial de los sucesos, Anna d'Or; se comienza á murmurar en alta voz del número de ejecuciones que ocurren á diario; Robespierre, más cruel que nunca, aunque lleva un mes de no parecer por el Comité, amenaza mandar al cadalso á la mitad de la Asamblea..... Las cartas se barajan más y más; los murmullos aumentan; los diputados se reúnen; la Convención está diezmada. Un gran golpe se prepara: ¿cuál? Nadie lo sabe. Pero todo el mundo tiembla.» Todo el mundo temblaba, es verdad, mas no por la materialidad del golpe, sino por la seguridad de que Robespierre iba á triunfar. Y todo el mundo se equivocaba. Los hados dispusieron las cosas de manera muy distinta, como veremos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Rota y muerte de los robespierristas.

La predicción de Dantón, «Robespierre te arrastro», iba á cumplirse, precisamente en el momento de dar éste el último paso para subir á la cumbre de su poderío y de su gloria. Nunca, en las crisis de su carrera política, se había encontrado á la cabeza de fuerzas tan poderosas y frente á enemigos tan débiles y despreciables. A su lado estaban el club de los jacobinos, representante fogoso de la clase gobernante, y la Municipalidad, mandataria oficial y armada de la población; y detrás de este club y de esta Municipalidad, se agrupaban con entusiasmo sincero la mayor parte de los guardias nacionales, los cañoneros, los gendarmes, seguidos, á no dudarlo, de los jóvenes soldados del campamento de *Sablons*, de los obreros de la fábrica de pólvora de Grenelle y de los revolucionarios de las secciones. ¿Qué importancia tenían estas fuerzas? El club de los jacobinos contaba los triunfos por el número de las batallas; la Municipalidad gobernaba indirectamente á Francia de mucho tiempo atrás; las secciones no tuvieron sino exhibirse en Junio del noventa y tres para aplastar á la Convención, siendo los guardias seccionarios la única tropa organizada en París. Frente á estos formidables elementos que habían vencido á la monarquía secular, á la sociedad tradicional, ¿qué se agitaba? Casi nada. Azorados, prontos á la fuga, si la fuga fuese posible, si no estuviesen metidos en un círculo infranqueable, unos cuantos diputados odiosos ó degenerados, que se apoyan, por una parte, en la Convención, envilecida, decapitada y que les odia; por otra, en el Comité de Seguridad general, tan desprestigiado

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA